



## CALDERÓN Y EL INGENIO ESPAÑOL

(Para LA NACION)

SALAMANCA, febrero de 1917.

Al hablaros de la obra que Arturo Farinelli acaba de publicar sobre «La vida es sueño» calderoniana, os dije que hay en ella finas y justas consideraciones sobre la índole del ingenio español y la de nuestro pueblo. No podía ser de otro modo en obra de quien tan bien nos conoce.

Es curioso, ante todo, que haya sido en España donde tomara cuerpo más duradero y visible eso de que la vida es sueño, siendo, como es, el español, uno de los pueblos menos soñadores. De este mismo contraste nació el «Quijote». Podrá ser uno de los pueblos más dormilones o sosteadores, pero soñador no.

¿Cómo fué que por ahí fuera se dieron, los románticos alemanes sobre todo, a ver a España al través de Calderón? ¿Y la vieron bien? ¡Ni esto! Goethe, que no pisó nunca España, se forjó su España a través de lecturas de Calderón, una «magnífica—«herrliches»—tierra, rodeada del mar, llena de flores y de frutos, alumbrada por claras estrellas». Es lo de la canción alemana en que se te pregunta si conoces la tierra en que florecen los naranjos. Y ellos florecen y fructifican en Valencia y en Andalucía y Murcia, pero no en estos ascéticos páramos castellanos, pelados y austeros.

«So descubrió no sé qué del alma germánica en el alma calderoniana!— escribe Farinelli—se figuró al poeta como filósofo originalísimo, elevadísimo, fortísimo, majestuoso, grandioso y solemne, todo vislumbres, todo relámpagos de ideas.» Y, sin embargo, Calderón, el dogmático, el ortodoxo, el que no dudaba, apenas soñó, y por eso, por haber soñado tan poco y haber reflexionado tanto, escribió «La vida es sueño». El ojo de Farinelli no descubre, según él nos dice, esas altezas y profundidades vertiginosas en «La vida es sueño», donde el poeta consiguió condensar en su palabra el pensamiento ajeno; y lo expone «con aparente originalidad; pero no inventa; y, sobre todo, no exprime el jugo de ideas que aquel pensamiento envuelve».

Farinelli ha visto muy bien todo lo que hay de rígido, de intelectualista, de dogmático, en el ingenio teológico, pero no místico, no soñador, de Calderón. Nos recuerda lo que a propósito de éste decía del ingenio español Menéndez y Pelayo, y que he comentado en mis ensayos acerca del casticismo (v. tomo I de mis «Ensayos»), y es que el ingenio español tiene grandeza inicial, facilidad y limpidez maravillosas para sorprender las ideas, poca calma, poca paciencia para desarrollarla. Acaso es que dormimos mucho, pero soñamos poco.

Desde luego, apenas hay psicología en Calderón. El drama se abre—dice F.—anuncia un conflicto que prontísimamente se resuelve sin desarrollar. De toda la paciencia, de toda la pericia de los psicólogos más expertos, el poeta de «La vida es sueño» no sabría qué hacer. No considera su misión poner y resolver problemas del alma. «Y es que Calderón no operaba, como Shakespeare, con almas, con verdaderas almas individuales, sino con conceptos personificados. Sus símbolos suelen reducirse a alegorías. Es en el fondo antipersonalista. Sus personajes podrán tener individualidad, pero son pobres de personalidad, según la distinción que en aquellos mis ensayos establecí. Así es que puede decirse que faltan mujeres en su teatro. «Su humanidad se disuelve demasiadas veces en el símbolo—dice F.—la individualidad, más que al hombre es sacrificada al tipo».

Este Calderón, tan exaltado por los románticos alemanes, era en rigor lo menos romántico que cabe. «Jamás pensaron—dice F.—que el gran idolo incensado, incapaz de perderse en el infinito, orante en el altar de un Dios, no imanente en el hombre, desterrado del corazón y de la conciencia, sin el estímulo punzante y el trabajo de la «Sehnsucht» pudiese considerarse, en el fondo, antirromántico». Tanto como es antirromántico nuestra novela picaresca, como lo es el «Quijote».

No hay, en primer lugar, verdadero elemento cómico en Calderón, como no lo hay en aquel rígido, austero, fúnebre y grave Quevedo. «Lo cómico en los dramas calderonianos es una contraposición buscada a lo serio, cuando no es su resuelta parodia», observa agudamente Farinelli. No sabe burlarse de la vida; la toma en serio. Y es porque al soñarla no la reconoce sueño de veras.

«Estamos avezados a considerar España como una nación de soñadores— escribe F.—y tenemos a sus poetas como perdidos tras el vuelo de una imaginación desembridadada y fogosa que los aleja de la tierra y les transporta

al cielo, entre las nubes, para volver a caer después, deshechos, tronzados, de nuevo a la tierra. Pero a las visiones y a los éxtasis internos, a los arrebatos, a las esferas altísimas, bajo las que perdido y olvidado deira el mundo de nuestras miserias y de nuestros afanes, rara vez se entregan los ingenuos de España; y no hay acaso pueblo como el español que se aficione tanto a su dura y amada tierra y la mire con ternura cuando le llama el cielo y le amonesta lo eterno. El ideal está todo penetrado de la realidad visible y tangible».

Esto, que es tan exacto, lo hemos dicho muchas veces sin lograr que todos se convezan de ello. Si de algo peca la genuina poesía española es de prosaica, de didáctica, de gnómica. Propende al sermón. Y cuando no ved







nuestro Romancero y decidme si cabe poesía más a ras de tierra, más libre de fantasmagorías y de maravilloso, más realista si por esto se entiende más falta de elementos de puro ensueño.

En otro pasaje de su obra nos dice F. que más que la «Sehnsucht», romántica, y emplea el vocablo alemán, más que el anhelo ensañador, obra el buen sentido en este país a que hace un siglo tendían los alucinados románticos alemanes. «Tienen sabor de tierra más que sabor de cielo—escribe— las obras de España más hermosas, las que más atrajeron y tuvieron mayor poder sobre los ánimos. De los vuelos icáreos, de los frenesíes de la imaginación en que se disipa toda visión de lo concreto, se huye comúnmente. El mundo de la caballería más fantástica, por el que tanto se ha delirado, es, en realidad, un mundo de importación que ofendía a la sana y límpida naturaleza indígena». Así es como dice F. y precisamente se escribió aquí «La vida es sueño» porque se sueña tan poco, y el «Quijote» por ser el pueblo, tan poco dado a caballerías y resultar éstas tan incongruentes.

«Toda la grande y prodigiosa ilusión quijotesca, es de una formidable congruencia y firmeza—escribe— muevese con figuras vivas, fuera de lo vago y de lo nebuloso, con contornos marcados, límpidos, determinadísimos.»

Y, sin embargo... Sí, hay un ensueño y hay una quijotería y es la de alcanzar la otra vida, el negocio de nuestra salvación, después de haber hecho, con el menor estuerzo posible, el negocio de esta vida. Es el régimen de los dos negocios. Una economía a lo humano y otra a lo divino. Lo que no quiere decir que en tal o cual espíritu aislado no despierte ese anhelo de otra índole, que no llegue a despertarlos en el pueblo todo mismo algún día. Yo confío en que la religiosidad española, o la españolidad religiosa, despierte un día y despierte para ponerse a soñar despierta, a crearse su mundo. Y entonces habrá filosofía en España.

Reconoce Farinelli que el pesimismo, el hondo pesimismo, no hizo nunca honda presa en nuestra patria. Acaso así como Nietzsche soñaba en un más allá del bien y del mal hay un más acá de ellos. «Los hombres más serios y graves», llama a los cristianísimos españoles, y donde el carácter es serio y grave queda muy poco lugar para el pesimismo. La seriedad no es pesimista; lo es el escepticismo burlón.

Siempre me ha llamado la atención el escaso, el escasísimo sentimiento que del humor—no de la sátira, no de la broma—hay entre nosotros. Abundan aquí las gentes que no aciertan a darse cuenta de si un escritor habla o no en serio y apenas hay quien comprenda que se pueda hablar en serio, muy en serio y en burla, muy en burla a la vez. El que estas líneas escribe tiene experiencia de cuán tardo es el espíritu de su patria para penetrar en ciertas bufonadas trágicas

en que se llora riendo, a las veces a careajadas, en que las más hondas congojas humanas se envuelven en burlas. Tomad a Quevedo y véreis que se sabe siempre que va a adoctrinaros, a echaros un sermón.

Otra cosa ha visto muy bien Farinelli y es cuando escribe:

«Era, sin embargo, de España que nos figuramos siempre sierva de las tradiciones antiguas, sumisa y devotísima a los dogmas y preceptos de la fe de los abuelos, henchida de teólogos omniscientes, disputadores graves y solemnes, era de la patria de Calderón, de donde partían en el siglo del Renacimiento las lecciones más agudas a la arrogancia humana y a la presunción de los necios de desvelar los misterios del ser, de penetrar la verdad y tocar la esencia de las cosas». Y luego nos cita a aquel Francisco Sánchez el famoso autor del libro «De quo nihil scitur», el pirroniano. Y es que aquí el dogmatismo, el rígido dogmatismo, la ortodoxia no suele pasar de ser una forma, la más cómoda, del absoluto escepticismo, es más, de la absoluta incredulidad. Porque recibir un dogma sin pensar en él, sin trabajar sobre él con el pensamiento más que formalmente, en meros desarrollos verbales, en glosas externas a la esencia íntima del dogma, es un modo de no creer. Donde no hay herejías no hay tampoco ortodoxia. Decía Kierkegaard que cristiano se es por oposición. Lo mismo se es ortodoxo y se es heterodoxo.

Menéndez y Pelayo escribió una obra, su «Historia de los heterodoxos españoles», para probar que en España apenas ha habido, en rigor, heterodoxia, que los herejes, siempre aislados y esporádicos, no han logrado hacer escuelas duraderas, y quedamos convencidos a la vez de que tampoco ha habido verdadera ortodoxia, es decir, antiheterodoxia, que no ha habido teólogos creadores sino doctos en teología, lo cual es muy otra cosa. Recientemente, cuando el movimiento católico modernista agitaba a no pocos espíritus en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en Italia misma—con ser este país tan civil, tan poco teológico—aquí, en España, apenas si interesó a unos pocos espíritus curiosos. Y no fué, no, por la robustez de la fe de los católicos españoles, sino porque éstos ni se han planteado nunca los problemas que el modernismo trataba de resolver ni han pensado en ellos. La creencia aquí es una rutina inconsciente, es una costumbre pública, es un ritual. Es algo así como era el paganismo en Roma. Es un medio de sacudir ciertas preocupaciones, de soslayar ciertas inquietudes. Hay que pensar en otras cosas. O más bien, no hay que pensar.







Y así se explican no pocas aparentes anomalías. En estos días hay muchos que se preguntan cómo los que más hacen profesión de ortodoxia católica en España, la mayor parte del clero bajo entre ellos, justifican las mayores atrocidades de inspiración notadamente pagana y anticristiana y aplauden los delitos de lesa humanidad a que le empuja al imperio kaiserista su concepción precristiana y anticristiana del Dios-Estado, su doctrina de que la necesidad—una bárbara necesidad de existir como bestia de presa—hace ley y toda su inspiración francamente pagana, del paganismo de los dioses del Walhalla germánico. Esta actitud de nuestros al parecer rígidos cristianos se explica, porque éstos son en el fondo también paganos y en vez de creer en el Cristo, en el Dios-Hombre, se someten al Dios-Iglesia, que es otra especie de Dios-Estado. Para ellos no es la Iglesia una fuente de doctrinas—y un baluarte de libertad interior del espíritu, es una fuente de disciplina impositiva, es una jerarquía. Y aman todas las or-

todoxias muertas. «Eso no me lo preguntéis a mí que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder». Tal es la fórmula de la fe del carbonero, de la fe implícita, según el catecismo de la doctrina cristiana que nos hicieron aprender de memoria en la escuela. Y hay una fe de carbonero civil, hay una fe implícita de pobre pueblo que ni examina ni discute las órdenes de sus autoridades y se deja matar, como rebaño de borregos, ¿por qué? Ante la grandeza del Estado, como ante la de la Iglesia, debe ceder la libertad cristiana del alma individual.

Y la Iglesia no es para esos que así se entusiasman con el imperialismo militarista germánico la congregación de los fieles todos, que esto sería vitanda democracia; la Iglesia es para ellos la jerarquía, el clero. Así como el Estado no es más que los funcionarios públicos, las autoridades, y sobre todo el ejército. La dictadura de Hindenburg corresponde a la infabilidad papal.

El simple fiel no tiene por qué examinar, y menos discutir, el dogma.

¿Era verdadera fe, fe viva, fe que sabe dudar, y porque duda vive, la fe de Calderón, la fe del pueblo de Calderón? Yo lo dudo mucho. Creo que era más bien que era una manera de quitarse de en medio ciertas preocupaciones que le traían de fuera. Calderón no dudaba, como no dudaba tampoco el Dante, y ni en la España de Calderón ni en la Italia del Dante hubo, en rigor, herejes, libres creyentes aunque ~~habiese~~ profundos incrédulos.

Todo un capítulo dedica Farinelli a Goethe y Calderón, y después de exponernos el entusiasmo que a aquel, a Goethe, produjo en un tiempo nuestro poeta, llegando alguna vez hasta a preferirle a Shakespeare, concluye con que Calderón influyó poquísimos o nada en el teatro goethiano, mientras que Shakespeare influyó mucho en él. En 1822 es cuando Goethe declaraba preferir a Calderón; pero diez años después todo había cambiado. Y entonces, en 1822, dice Goethe (en "Kunst und Altertum"): "Shakespeare nos ofrece el racimo tomado de la vid, lleno y maduro; cada cual puede a su placer gustar las uvas, exprimirle, hacer mosto, beber, sorber el vino fermentado; siempre se sentirá rejuvenecido. Calderón a su vez no deja ninguna elección y ninguna voluntad al espectador; recibimos de él el vino completamente destilado en espíritu, afinado con drogas al caso, templado con dulcedumbres, y tenemos que tragar la bebida como se nos ofrece, cual excitante gustoso y delicioso, o dejarla del todo. El poeta se encuentra en el umbral de una cultura llevada al exceso; ofrece una quintaesencia de la humanidad".

Podía Calderón deslumbrar un momento a Goethe, pero no podía influir en él como influyó Shakespeare. Goethe era un espíritu de eterno anhelo, su preocupación la "Bildung", la formación continua, la evolución, y Calderón es el representante de una concepción estática, quieta, cerrada, dogmática de la vida. El dinamismo goethuano podía encontrar materia propicia para su alimento en el dinamismo shakespeariano, más no el ~~equilibrio~~ mecanismo en equilibrio de Calderón. Los dramas de Shakespeare son selvas que viven, donde los árboles crecen y



mueren y vuelven a brotar; los de Calderón son catedrales que una vez hechas se tienen en pie. Y una catedral gusta, da abrigo al ánimo intranquilo, nos puede parecer hasta sublime como catedral, pero no vive. Sus columnas de piedra no echan hojas ni flores ni frutos nuevos. El alegorismo intelectualista calderoniano es la expresión de un sistema de pensamientos establecido y fijado de una vez para siempre. Es algo así como un juego de ajedrez; habén cuantas combinaciones se quiere, pero combinaciones de conceptos; cada uno de éstos permanece inalterable. Falta en absoluto un movimiento de evolución íntima. Es lo dogmático.

